

XI

EL PASO POR FRANCIA

La reina Hortensia había salido de Francia en 1815 como proscrita. Volvía en 1831 también proscrita. Una inexorable fatalidad la perseguía en esa patria que amaba tanto y en la que había pasado días tan felices. Luis Napoleón sólo tenía siete años cuando salió de su país; volvía á él cumplidos los veintitrés años, madurado ya por la desgracia y el destierro; pero, en medio de las catástrofes y á pesar de crueles decepciones, confiando en su buena estrella y respirando con delicia el aire natal. Sin embargo, no podía, lo propio que su madre, penetrar en Francia sino con nombre supuesto: no tenía el derecho de llamarse francés, y su única protección, su pasaporte inglés, la debía á la nación que había encadenado á su tío, cual nuevo Prometeo, á la roca de Santa Elena.

La madre y el hijo anduvieron el camino de Antibes á París sin que nadie los conociera. Detuviéronse unos instantes en Fontainebleau, melancólica y poética residencia que evocaba el recuerdo de tantas grandezas desvanecidas. Allí fué donde, al día siguiente de firmarse el tratado de Tilsitt, el emperador había dado fiestas espléndidas, y en la capilla de aquel palacio había tenido á Luis Napoleón en las fuentes bautismales. Hortensia, cubierto el rostro con un denso velo, quiso recorrer las habitaciones en que había brillado en todo el esplendor de su juventud y su belleza: quedóse pensativa ante la mesa en que el emperador, expiando sus triunfos con las angustias más terribles, tuvo que firmar su abdicación, y permaneció silenciosa en el patio donde se había despedido de su guardia.

«Algunos criados del palacio, ha escrito la reina Hortensia, eran los de antes. Aunque persuadida de que debía estar muy cambiada al cabo de tantos años, tuve la precaución de llevar mi velo negro siempre echado. Oía repetir tan á menudo mi nombre con motivo de las diferentes cámaras en que yo había vivido, que era evidente que permanecían fieles al recuerdo de nuestro tiempo. Lo encontré todo tal como lo había dejado.

»El único cambio que me llamó la atención fué el jardín á la inglesa plantado por nosotros, y que ahora era tan grande y tan magnífico que me arrancó un suspiro al pensar en el largo tiempo que había estado ausente de mi patria.»

Hortensia llegó con Luis Napoleón á la barrera de París el 24 de abril de 1831: «Cifré una especie de amor propio, ha dicho, en enseñar por su lado más

hermoso esta capital á mi hijo, que apenas debía acordarse de ella. Dije al postillón que me llevara por el bulevar hasta la calle de la Paz y que parara en el primer hotel que encontrase. Seguí el mismo camino por el que diez y seis años antes, el 17 de julio de 1815, salí una noche, acompañada de un oficial austriaco, de esta ciudad de la que me expulsaban á toda prisa.» El postillón detuvo el coche en la calle de la Paz, delante del hotel que llevaba el nombre del país en que Hortensia había reinado, el hotel de Holanda, y en el cual se instaló con su hijo. Desde el balcón veían por un lado el bulevar y por el otro la plaza y la columna de Vendome. El momento de su llegada á París coincidía con el real decreto de 8 de abril de 1831, en virtud del cual Luis Felipe dispuso que se colocara de nuevo en la cúspide de la columna la estatua del vencedor de Austerlitz.

En la Francia de aquel tiempo, Napoleón había pasado al estado de semi-dió, y no tan sólo tenía admiradores, sino adoradores. Se incensaba, se idolatraba su memoria, y en las esferas oficiales se participaba ó se fingía participar de este entusiasmo extraordinario. «En todas partes reinaba, ha dicho M. Thureau-Dangin, una eflorescencia de napoleonismo.... La literatura grande y pequeña buscaba en él su inspiración, y Víctor Hugo dirigía el coro nutrido y bullicioso del imperialismo político, mientras Barbier se quedaba casi solo protestando contra *el ídolo*. No había teatro donde no se pusiera en escena á Napoleón á todas las edades y en todas las posturas. Quien se hubiera paseado por París por aquella época, mirando los escaparates de los vendedores de estampas ó de estatuillas, hojeando los folletos, escuchando las canciones populares ó las arengas callejeras, habría podido suponer que la revolución de 1830 acababa de restaurar la dinastía imperial.» Y sin embargo, la familia del hombre divinizado de tal modo por la gente, no sólo estaba proscrita, sino despojada de todo. Por el tratado de 11 de abril de 1814, Napoleón había abandonado cuanto poseía y devuelto á la Francia los diamantes de la corona con la condición de que á él y á su familia se les asignaría un sueldo. Este tratado, firmado por Talleyrand en nombre de Luis XVIII, fué garantizado por todas las potencias; y sin embargo, no sólo lo dejaron sin ejecución, sino que fueron confiscados todos los bienes de la familia imperial. Y no ya se les arrancaba su fortuna, sino que Luis Napoleón ni siquiera tenía el derecho de darse á conocer en Francia y llevar en ella su nombre. Tales fueron las amargas reflexiones que hacían Hortensia y su hijo al entrar en París, donde nadie sospechó su llegada, pues se les creía en Malta.

A la sazón reinaba en Francia Luis Felipe I, quien elegido rey por las Cámaras el 7 de agosto de 1830, había jurado el mismo día la Carta constitucional.

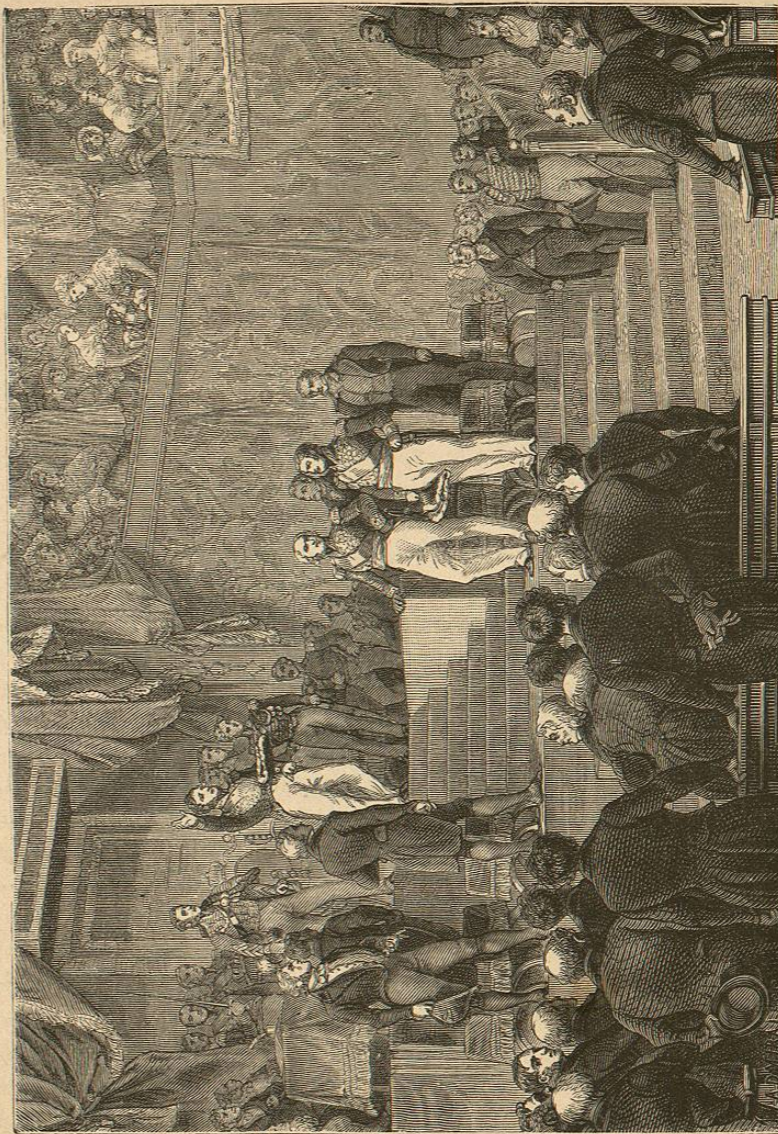
Hortensia no dió á conocer en seguida su presencia al gobierno: el coronel Frantz de Houdetot, ayudante de campo del rey Luis Felipe, fué el primero que tuvo noticia de ella. Este militar fué al hotel de Holanda citado por mademoiselle Masuyer, creyendo encontrar allí únicamente á esta señorita, pero con

gran sorpresa suya se vió ante la ex reina de Holanda. Ésta le significó su deseo de que el rey la recibiera, y él la prometió apoyar su petición.

El coronel Houdetot volvió al día siguiente, diciendo que el rey había censurado la imprudencia de la viajera y manifestado que le era absolutamente imposible recibirla. A fuer de monarca constitucional, había debido avisar al presidente del Consejo, M. Casimiro Perier, quien pasaría al hotel de Holanda. Fué allí en efecto y la reina le habló en estos términos: «Me he visto obligada á pasar por Francia y no quiero que lo sepáis por nadie más que por mí. Si en adelante se tuviera noticia de este viaje, decid que no he tenido otro deseo que el de salvar á mi hijo.... Sé que he transgredido una ley; he pesado todas sus consecuencias y tenéis el derecho de detenerme, lo cual será justo.» El presidente del Consejo respondió: «Justo no, legal sí.» A la noche siguiente el coronel Houdetot fué á buscar á Hortensia para llevarla á presencia del rey.

Luis Felipe no había instalado todavía su residencia en las Tullerías, por lo que se efectuó la misteriosa entrevista en el Palacio Real. La situación era muy delicada por ambas partes. La madre y la tía del rey tenían favores que agradecer á Hortensia, que durante los Cien días había conseguido para ellas la autorización de vivir en Francia y además una pensión del emperador. Luis Felipe no ignoraba que los bonapartistas le habían sido y podían serle todavía útiles y que, á no haber sido por la evocación de las glorias imperiales y por la resurrección de la bandera tricolor, su advenimiento al trono hubiera sido imposible. Más de un recuerdo constituía un lazo de simpatía entre él y la reina Hortensia. El general de Beauharnais, padre de la reina, había sido amigo del rey de los franceses cuando el rey de los franceses se llamaba duque de Chartres. Luis Felipe tenía también gran amistad con la gran duquesa Estefanía de Baden, que era una Beauharnais. Un crecido número de los hombres políticos, mariscales y generales que rodeaban al nuevo monarca habían sido cortesanos de la reina Hortensia, de esa princesa tan seductora y tan amable. Por esto Luis Felipe habría deseado permitirle vivir tranquila en París en compañía de su hijo; mas para esto habría sido menester que el joven príncipe renunciara á sus ensueños, á sus esperanzas, á su fe, y nada estaba más lejos de su pensamiento que semejante abdicación. A pesar de la afabilidad de la conversación, no fué posible llegar á un acuerdo.

Hortensia llegó ocultamente al Palacio Real por una escalera secreta. El rey no la recibió en su cámara, sino en una modesta habitación que era la del coronel Houdetot y cuyo mueblaje consistía en una cama, una mesa y dos sillas. Hortensia y la reina María Amelia tuvieron que sentarse en la cama, Luis Felipe y su hermana Mme. Adelaida en las dos sillas, y el coronel Houdetot se mantuvo apoyado contra la puerta para impedir la entrada de algún indiscreto. Al decir de la reina Hortensia, Luis Felipe se mostró cortés y hasta gracioso. «No están lejos los tiempos en que no habrá desterrados; no quiero que haya ninguno durante mi reinado.... Sé que tenéis pendientes reclamaciones pecuniarias y que



Luis Felipe jurando la Constitución en la Cámara de diputados

habéis apelado en vano á todos los ministerios precedentes. Enviadme una nota de todo lo que se os debe, pero enviádmela á mí solo: entiendo en negocios y os ofrezco ser vuestro apoderado.» Tan amable acogida complació sobre manera á Hortensia. «Es imposible, ha dicho, expresar con mayor agrado todo cuanto me decía, y ese aire de bonachonería que le encontraba y que me recordaba en cierto modo las facciones del excelente y anciano rey de Baviera, de ese antiguo y constante amigo de mi hermano y mío, me predisponía á la confianza.» Hortensia confesó que su hijo estaba con ella en París. «Me lo figuraba, dijo Luis Felipe, pero os recomiendo que no se trasluzca vuestra llegada; la he ocultado á todos mis ministros, excepto al presidente del Consejo, y tengo empeño en que todo el mundo ignore vuestro paso por París.» La ex reina de Holanda dió su palabra de que no se daría á conocer. La reina María Amelia y madame Adelaide le produjeron la mejor impresión. «Era tan desgraciada, ha escrito, que sus consuelos me hicieron mucho bien. ¿Hubiera podido yo intentar alguna vez perjudicarlas?» Se despidieron, pues, en términos no solamente corteses, sino afectuosos.

Al regresar del Palacio Real, la reina Hortensia encontró á su hijo con una fuerte calentura. Como seguía haciéndose pasar en el hotel de Holanda por una francesa casada con un inglés, envió á buscar un médico que no había visto nunca, teniendo cuidado de no darle á conocer su verdadero nombre. M. Casimiro Perier la visitó muchas veces y le ofreció dinero que ella no quiso aceptar. Una palabra pronunciada por aquél desvaneció de pronto las ilusiones de Hortensia demostrándole la incompatibilidad que había entre la situación de su hijo y la de Luis Felipe. «Según lo que acabamos de determinar con respecto á vos, dijo el presidente del Consejo á la ex reina de Holanda, se acostumbrarán poco á poco á veros en Francia, así como á vuestro hijo. Por lo que personalmente os respecta, se alcanzaría el asentimiento general para abriros las puertas de la patria; mas por lo que toca á vuestro hijo, su nombre sería un obstáculo para ello, y si andando el tiempo aceptara algún cargo, habría de figurar con un nombre que no fuera el suyo. Estamos obligados á guardar consideraciones á los extranjeros; hay tantos partidos en Francia, que la guerra nos perdería.» Al relatar este lenguaje de M. Casimiro Perier, Hortensia ha añadido: «Me fué imposible expresar lo que entonces sentí. Pues qué, ¿habría que ocultar ese hermoso nombre con el que Francia debía engalanarse, como si fuera vergonzoso? ¿Y por qué? Porque recordaba la gloria de Francia y la humillación del extranjero.» Luis Napoleón, sin contar con la entera aquiescencia de su madre, había escrito al rey una carta muy respetuosa pidiéndole servir en el ejército francés; pero jamás se le había ocurrido la idea de que tuviera que dejar su nombre, considerado por él como un talismán. Cuando su madre le contó lo que Perier acababa de decirle, exclamó con vehemencia: «¡Dejar mi nombre! ¿Quién es capaz de hacerme semejante proposición? No pensemos en ello y volvamos á nuestro retiro. ¡Ah! ¡Teníais razón, madre mía!»

Entretanto se acercaba el aniversario de la muerte del emperador, y se preparaba una manifestación bonapartista para el 5 de mayo; diez años antes el prisionero de Santa Elena había exhalado el último suspiro. El gobierno estaba algo alarmado. Dado el carácter de Luis Napoleón, muy inclinado á los manejos secretos, podía creerse que se había puesto en relación con los jefes repu-



Casimiro Perier, presidente del gobierno de Luis Felipe

blicanos. El lenguaje de Casimiro Perier le había exasperado literalmente, y eso en los momentos en que todas las tendencias de su ánimo le predisponían á asociarse á la doble oposición bonapartista y republicana que tan violentamente atacaba á la monarquía de julio. Después de lo que acababa de hacer en Italia, pasaba por conspirador y hombre de acción. Fáciles eran, pues, de comprender los recelos de Luis Felipe. En la mañana del 5 de mayo, Luis Napoleón vió desde sus ventanas cómo desfilaba la gente que iba á llevar flores al pie de la columna y á coronar de ramos las águilas. Pretendióse que se le había visto, confundido entre la muchedumbre de manifestantes.

Aquel mismo día el coronel Houdetot se presentaba en el hotel de Holan-

da. «Señora, dijo á la reina Hortensia, tenéis que partir al punto; no podéis permanecer más tiempo aquí, así tengo orden de decíroslo, y á menos que haya positivamente riesgo para la vida de vuestro hijo, es preciso que os vayáis.» Hortensia no opuso ninguna objeción, y al día siguiente ella y su hijo fueron á pernoctar á Chantilly, de donde partieron para Inglaterra. En este país la elevada sociedad les dispensó la más cordial acogida; vieron á lady Holland que tan delicadas atenciones había tenido con el cautivo de Santa Elena, y asistieron á un almuerzo dado en su honor por la duquesa de Bradford. El 1.º de agosto recibieron del príncipe de Talleyrand, á la sazón embajador de Francia en Londres, un pasaporte que les autorizaba á volver á Suiza atravesando de nuevo el territorio francés. Se embarcaron el 7 de agosto para Calais: Hortensia no quiso pasar otra vez por París, donde reinaba cierta agitación. Temía la exaltación de su hijo, que le había dicho: «Si vamos á París y veo que acuchillan al pueblo, de seguro que no podré resistir al deseo de ponerme de su parte.» Limitóse á visitar con él las cercanías de la capital: Morfontaine, antigua propiedad del rey José; San Dionisio, en donde el emperador había creído que estarían las tumbas de los Bonaparte; Rueil, donde la emperatriz Josefina estaba inhumada en una modesta iglesia. «Me oprimió el corazón un doloroso sentimiento, ha dicho la hija de Josefina, cuando se me ocurrió la triste idea de que de todo cuanto había amado, mi hijo y yo éramos los únicos que quedábamos, aislados y obligados á huir del mismo lugar en que descansaban sus cenizas.»

Hortensia se detuvo ante la verja del palacio de la Malmaison, que traía á su mente recuerdos, gratos los unos, dolorosos los otros. No se le permitió transponer su umbral.

La madre y el hijo continuaron su camino al través de la Francia, y á fines de agosto llegaron al suelo hospitalario de Suiza, á aquel asilo de Arenenberg al que regresaban después de tantos disgustos y angustias. La naturaleza, esa gran consoladora, debía mitigar el dolor de Hortensia.

XII

ARENENBERG

El castillo de Arenenberg, situado en Suiza, á quince kilómetros de Frauenfeld, capital del cantón de Turgovia, está edificado en la vertiente de una colina que domina el lago de Constanza. Algunas plantaciones hábilmente distribuidas proyectan allí su sombra dejando ver de trecho en trecho puntos de vista pintorescos. Por un lado se descubre la pequeña ciudad de Reicheneau, con sus viñedos y sus quintas que se reflejan en las aguas del lago. Por otro se contempla el Rhin que se precipita por las cascadas de Schaffusa para circundar con un cinturón azul un risueño paisaje. Más allá se divisan los contornos vaporosos de la Selva Negra y las torres y campanarios de la ciudad de Constanza.

Las cercanías del castillo son muy escarpadas. Al salir de Ermatingen, bonito caserío que está en una ondulación de la cuesta, se destaca de la carretera un camino en forma de rampa y en el que hay un puente echado sobre un profundo barranco. Pasado este puente, en cuyo pretil hay grandes macetas llenas de hortensias, se llega al parque y luego al castillo, que, entre floridos plantales, surtidores y masas de verdura, aparece con sus dos pisos en la cresta desde la cual la mirada abarca dilatados y lejanos horizontes. Su arquitectura es sencilla, pero graciosa, sin torrecillas, ni altos muros, ni almenas; es un edificio puramente moderno que no tiene nada de feudal.

El comedor, las salas de recepción, la de billar, la biblioteca, el gabinete de la reina Hortensia estaban en la planta baja. En el salón que precedía á la biblioteca se admiraba el gran retrato de la emperatriz Josefina hecho por Prudhon, lienzo lleno de encanto y de melancolía, en que el artista ha representado á la soberana reclinada en un banco de césped en la penumbra de un bosquecillo. Las habitaciones siguientes estaban adornadas con retratos de Napoleón y de los individuos de su familia, con el busto de lord Byron, uno de los escritores favoritos de la reina, y con una estatua en mármol blanco de la emperatriz, una de las mejores obras de Bosio.

Allí era donde la reina Hortensia recibía las visitas de un corto número de personas que no la abandonaban en su desgracia, como la princesa de la Moskowa, viuda del mariscal Ney; M. Veillard, M. y Mme. Parquín, M. Mocquard; madame Salvage de Faverolles que, después de haber sido legitimista exaltada, se había unido con el mismo ardor á la castellana de Arenenberg; Casimiro Dela-